



*Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.
Bienaventurados los humildes[a], pues ellos heredarán la tierra.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados.
Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia.
Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios.
Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados serán[b] cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí.
Regocíjense y alégrese, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes.*

Mateo 5:3-12

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, PORQUE SERÁN SACIADOS

Hay un término clave, casi una puerta de acceso que debemos cruzar para entender adecuadamente la cuarta Bienaventuranza: “justicia”. Este término es de particular importancia en el Discurso de la Montaña, porque Jesús hace una diferencia fundamental que distancia al discípulo de los fariseos, y que además es una condición básica para entrar en el Reino: “en efecto, les digo que si vuestra justicia no es superior a la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los cielos” (Mt 5, 20), y también “busquen ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se les dará en añadidura” (Mt 6, 33).

¿Pero de qué “justicia” se trata?

Instintivamente, nuestro pensamiento se dirigiría hacia una comprensión jurídica, de relaciones económicas, de relaciones sociales. La expresión de Jesús no excluye ciertamente estas dimensiones, pero en cierto sentido va todavía más alto y más a fondo. La “justicia” de la que se habla es el reconocimiento, la recepción, la realización del proyecto de Dios, de Su voluntad

densa de amor y de cercanía, respecto a las personas y a su vida. No es entonces una voluntad individual, fría, con el rostro enigmático de un destino, mucho menos una voluntad hostil, punitiva o agresiva.

La “justicia” es acoger, servir, promover, en las vicisitudes de las personas y del mundo, ese proyecto cargado de amor, ese deseo y esa pasión sin medida con la que el Padre ama a cada uno como hijo, lo llama a la plenitud de la felicidad y de la alegría, lo dona a los otros, a la Iglesia y al mundo como un hermano, único y precioso.

La “justicia” es esa voluntad de salvación para cada hombre, herido, lejano, consternado, que ha im-pulsado a Jesús a abrazar la cruz, para que no permaneciéramos más vencidos y desesperados sobre nuestras cruces, las que la vida nos da y las que nos fabricamos los unos para los otros.

Tener hambre y sed de justicia significa entonces buscar esta “justicia” de Dios con todas nuestras fuerzas; significa querer Su amor, Su proyecto para nosotros, con la misma intensidad y determinación con la que se quiere la vida; dándonos cuenta que sin esta “justicia” la vida misma permanece opaca, gélida, aplastada bajo un cielo de bronce, más semejante y próximo a la muerte misma.

Tener hambre y sed de justicia significa fundar toda lucha y todo esfuerzo por la promoción y la dignidad humana sobre su fundamento más sólido, sobre la roca segura que es la roca de la voluntad y del proyecto de Dios. Tienes “hambre y sed de justicia” y sabes que Dios lucha contigo, se cansa contigo, sufre pasiones contigo para que cada uno de los hombres pueda tener la alegría de ser, de vivir, la dignidad de tener un nombre y un significado, un valor. La “justicia” de Dios enciende la pasión por el hombre, te confía la historia así como, más concretamente, pone en tus manos esta jornada.

Te toca a ti, con tus compañeros de viaje, con tus hermanos, comenzar a silabear una respuesta en el fragmento de cada día, en las migas de tu vida. Desde adentro el Señor la hace Su respuesta, la acoge, la sostiene, le abre un futuro, hasta que un día Él mismo la llevará a su consumación, dándonos en plenitud ese Reino que con Jesús ha comenzado a caminar por nuestros caminos.

Mons. Mansueto Bianchi
Asistente eclesialístico del FIAC, biblista



EL HOMBRE DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Beato Pier Giorgio Frassati



«¿Qué haré para heredar la vida eterna?». Esta pregunta del joven del Evangelio parece lejana de las preocupaciones de muchos jóvenes contemporáneos, porque, como observaba mi Predecesor, «¿no somos nosotros la generación a la que el mundo y el progreso temporal llenan completamente el horizonte de la existencia?» (Carta a los jóvenes, n. 5). Pero la pregunta sobre la «vida eterna» aparece en momentos particularmente dolorosos de la existencia, cuando sufrimos la pérdida de una persona cercana o cuando vivimos la experiencia del fracaso.

Pero, ¿qué es la «vida eterna» de la que habla el joven rico? Nos contesta Jesús cuando, dirigiéndose a sus discípulos, afirma: «volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría» (Jn 16,22). Son palabras que indican una propuesta rebosante de felicidad sin fin, del gozo de ser colmados por el amor divino para siempre.

Plantearse el futuro definitivo que nos espera a cada uno de nosotros da sentido pleno a la existencia, porque orienta el proyecto de vida hacia horizontes no limitados y pasajeros, sino amplios y profundos, que llevan a amar el mundo, que tanto ha amado Dios, a dedicarse a su desarrollo, pero siempre con la libertad y el gozo que nacen de la fe y de la esperanza. Son horizontes que ayudan a no absolutizar la realidad terrena, sintiendo que Dios nos prepara un horizonte más grande, y a repetir con san Agustín: «Deseamos juntos la patria celeste, suspiramos por la patria celeste, sintámonos peregrinos aquí abajo» (Comentario al Evangelio de San Juan, Homilía 35, 9). Teniendo fija la mirada en la vida eterna, el beato Pier Giorgio Frassati, que falleció en 1925 a la edad de 24 años, decía: «¡Quiero vivir y no ir tirando!» y sobre la foto de una subida a la montaña, enviada a un amigo, escribía: «Hacia lo alto», aludiendo a la perfección cristiana, pero también a la vida eterna.

Queridos jóvenes, os invito a no olvidar esta perspectiva en vuestro proyecto de vida: estamos llamados a la eternidad. Dios nos ha creado para estar con Él, para siempre. Esto os ayudará a dar un sentido pleno a vuestras opciones y a dar calidad a vuestra existencia.



A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados.

Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

*«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...]
a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...]
a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...]
a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...]
a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...]
a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo»
(Diario 163).*

PAPA FRANCISCO PARA LA JMJ CRACOVIA 2016

Escribanos a este correo electrónico
info@fiacifca.org o en Facebook (difundir la página!)
www.facebook.com/fiacyouthcoordination
o Twitter @infosf2015
www.catholicactionforum.org